

A black and white close-up portrait of Emmanuel Macron, looking slightly to the left with a serious expression. He is wearing a dark suit jacket, a white shirt, and a dark tie. The background is dark and out of focus.

MACRON

EL PRESIDENTE QUE HA
SORPRENDIDO A EUROPA

ANNE FULDA

PENÍNSULA **HUELLAS**

**Macron, el presidente
que ha sorprendido a Europa**
Anne Fulda

Traducción de Isabel Margelí Bailo

ediciones península

Título original: *Emmanuel Macron, un jeune homme si parfait*

© Éditions Plon, 2017

© de la traducción del francés, Isabel Margelí Bailo, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición

ROMANYÀ-VALLS - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 23.485 - 2017

ISBN: 978-84-9942-651-8

ÍNDICE

Prólogo: Y Manu soñó.....	13
1. «El hijo de Dios»	17
2. Manu y Manette, «solo te quiero a ti»	37
3. Vivir y amar	45
4. Brigitte, la única	59
5. El hombre y la literatura	79
6. De la seducción	87
7. Padrinos y hermanos mayores.....	99
8. Estampas familiares de un hijo del sistema: Jean- Pierre, Jacques, Alain y David	113
9. Mundanidades y prensa rosa	135
10. El ovni político	145
Epílogo: Mowgli o Babar	155
<i>Post scriptum</i> : El niño prodigio	159

«EL HIJO DE DIOS»

Nació durante el Gobierno de Giscard d'Estaing, en 1977. En enero de aquel año, la etnóloga y arqueóloga Françoise Claustre fue liberada tras pasar más de dos años retenida en el Chad. Se inauguró el Centro Georges Pompidou y Jacques Chirac fue elegido alcalde de París. El Concorde voló por primera vez entre París y Nueva York, y desaparecieron Jacques Prévert, Vladimir Navokov, Groucho Marx, Elvis Presley y Charlie Chaplin. Emmanuel Jean-Michel Frédéric Macron llega al mundo el 21 de diciembre en Amiens, poco después de la coronación de Bokassa, que se había autoproclamado emperador de la República Centroafricana.

El pequeño Emmanuel no nace tocado con una corona y con un cetro en la mano, pero lo parece. Y es que es muy esperado: se lo espera con emoción e inquietud, pues nace al cabo de poco más de un año de morir una pequeña hermana. Una niña que, fallecida antes de nacer, ni siquiera tuvo tiempo de recibir nombre ni sepultura. Una niña cuya madre no pudo llorarla porque ella misma estuvo a punto de morir a causa de una grave septicemia.

Pero ¡basta de recuerdos tristes! Aquel 21 de diciembre a las 10.40, todo queda atrás. Françoise y Jean-Michel Macron, dichosos padres entregados a su nueva alegría, eligen para el bebé el nombre de Emmanuel. ¿Por qué? «Lo decidimos sin más —dice su padre—. Nos pareció bonito.»¹ Un capellán que estuvo poco después en la habitación de la maternidad les contó que este nombre, derivado de uno hebreo, «significaba hijo de Dios» (es el nombre con que el profeta Isaías designó al Mesías siete siglos antes de Jesucristo).

Hijo de Dios: muy adecuado; aunque no sea creyente, a Françoise Noguès-Macron no le cuesta pensar, tras oír la historia, que aquel niño es un regalo del cielo. «El nacimiento de Emmanuel fue para mí una gran alegría tras esos momentos dolorosos», reconoce.²

Lo cierto era que aquel niño, según le confesó a algún familiar, «tenía casi una misión».³ ¡Una misión! Esto haría las delicias de cualquier aprendiz de psicoanalista: ¡pues claro! Ese aspecto místico del candidato a las presidenciales de En Marche!, el Cristo que anduvo sobre las aguas... La explicación es a todas luces tentadora. Como lo es pensar que el pequeño Emmanuel vivió con la sombra omnipresente de esa hermana que no llegó a nacer. Y con el deseo, más intenso que ninguno, de lograr que la olvidaran. De ser lo mejor posible para hacerse querer.

Pero resulta que no es el caso. Tanto Françoise Noguès-Macron como su exesposo (se separaron en 1999 y se divorciaron en 2010) son médicos. De modo que, en su momento, se aseso-

1. Entrevista con la autora, 13 de enero de 2017.
2. Entrevista con la autora, 3 de febrero de 2017.
3. Ídem.

raron, y nunca ocultaron aquel drama a sus hijos, Emmanuel, su hermano Laurent y su hermana Estelle, que lo supieron de bien pequeños.

«Ya lo sé: me dirá que un niño que llega después de un hijo abortado no recibe la misma dedicación, pero yo no tuve esa impresión —masculla el padre, Jean-Michel, adoptando el tono de alguien que no se deja camelar con sofisticadas tesis de sesgo psicológico, y añade—: Sufrimos una desgracia, pero la vida se impuso de nuevo; y, aunque eso no borra nada, permite seguir viviendo.» *A posteriori* adquirió conciencia de que la muerte de esa niña fue «más complicada» para su mujer. «Yo hice cuanto pude por pasar página»,⁴ reconoce este neurólogo que inició sus estudios con la intención de ser psiquiatra, pero al que decepcionó enormemente la práctica cotidiana de esta disciplina.

En aquella época, los padres de Emmanuel no habían cumplido los treinta años. Habían estudiado juntos. «Nos conocimos en neurocirugía», recuerda Françoise.

Fue un flechazo que tuvo lugar en 1974, según cuenta. El año de la elección de Valéry Giscard d'Estaing, quien, a sus cuarenta y ocho años, era el presidente más joven que Francia había elegido nunca; con él soplaron vientos algo más ligeros, pocos años después de Mayo del 68, gracias a sus reformas sociales, la mayoría de edad a los dieciocho años y el derecho al aborto. Pronto los dos jóvenes deciden vivir juntos. Se casan enseguida, por la Iglesia, en 1975, con Françoise embarazada de cuatro meses. «Mi exmarido es agnóstico. Aceptó un matrimonio religioso para complacerme a mí, y también a su familia», recuerda Françoise. No ha pasado tan-

4. Entrevista con la autora, 13 de enero de 2017.

to tiempo desde los «acontecimientos de mayo» y aquello no le extraña a nadie.

Agnóstica a su vez, Françoise no educó a sus hijos en la religión. Además, ninguno fue bautizado al nacer. Sin embargo, explica que Emmanuel pidió que lo bautizaran a los doce años. «Quiero hacer la comunión», dijo un día, y eligió como madrina a su abuela materna, Germaine Noguès, y como padrino a su tío, hermano de su madre. Emmanuel se volcó en ello, pero no en casa pues su padre se oponía de pleno, explica su madre. «Fue el inicio de un periodo místico que duró varios años»,⁵ confiesa a *L'Obs*.

Tanto Françoise como Jean-Michel participaron en las manifestaciones de 1968. Françoise, que estuvo escolarizada en un colegio femenino hasta segundo, aprobó el bachillerato y frecuentó las calles con los jóvenes de Amiens. Jean-Michel conserva el recuerdo «de un gran festejo bastante liberador», aunque después, confiesa, se desilusionó bastante. Decepcionado por la política, no recuperó el entusiasmo hasta la llegada de Mitterrand en 1981.

Así pues, en 1976, cuando murió su primer bebé, Jean-Michel y Françoise eran médicos, vivían con la despreocupación de la juventud y esperaban con júbilo el anunciado nacimiento. Como tantas parejas que han pasado por esa experiencia tan dolorosa, sufren el azote del destino. Es fácil concebir su angustia. La transición violenta de la felicidad al drama. El dolor que desgarrar. «Una pesadilla», resume el padre. El SAMU, el hospital Saint-Antoine, aquel bebé muerto... El coma de Françoise, la reanimación, la habitación y la cuna de la criatura, que piden a la suegra que desmonte... Françoise tardó años

5. Entrevista en *L'Obs*, 16 de febrero de 2017.

en recuperarse —«fue una dura prueba»— de la desaparición de aquella pequeña sin nombre, de aquella pequeña a la que Emmanuel debía lograr que olvidaran.

Y entonces, casi un año más tarde, disfrutan algo más que los demás del nacimiento de su hijo. Se entregan a la dicha. Y el 25 de diciembre de 1977, cuatro días después de la llegada al mundo de Emmanuel, deciden celebrar la Navidad como es debido. «Jean-Michel trajo ostras y champán a la maternidad.» Y era de lo más adecuado: el 25 de diciembre es san Emmanuel.

Cómo no, es inevitable: Françoise, que quiso ser pediatra (llegó a matricularse, pero no continuó hasta el final), «mimó» especialmente a aquel niño, «hijo de Dios». Es más, aún hoy confiesa ser una «mamá gallina». Una madre que cada mañana sabe dónde están sus tres hijos y que explica que siempre ha trabajado con jornadas reducidas «para poder estar con ellos». Y una abuela también «dispuesta a renunciar a una salida por cuidar de sus nietos». «Los niños siempre son lo primero. Siempre ha sido así», reconoce, como si fuera consciente de haberse pasado en ocasiones. Pasarse, puede; quedarse corta, no. Tiene tendencia a decirlo. A hacer que se sepa.

Françoise Noguès-Macron desea recuperar su papel de madre, suprimido por aquella abuela (su propia madre) a la que Emmanuel Macron tanto ha puesto de relieve, en su libro, en sus entrevistas e incluso en sus mítines de campaña. Un papel suprimido por lo que no se cuenta y que hace que algunos periodistas se imaginen estrafalarios contextos, en los que su marido y ella habrían renegado de su hijo cuando este conoció a Brigitte y prosiguió sus estudios en París, a los dieciséis años.

«¡Si lees algunos artículos, parece que Emmanuel no tenga familia!», exclama Françoise Noguès-Macron, incapaz de disimular lo dolida que se siente y sus ganas de restituir la realidad, de hablar de una vida familiar que existió, sin lugar a

dudas. Con los «trayectos» que hacía para llevar a sus hijos a clases de tenis o al conservatorio de Amiens, con las vacaciones de invierno que pasaban juntos esquiendo, en La Mongie, cerca de su lugar de origen, y más tarde en Courchevel, en Tignes y en Les Arcs, en apartamentos de alquiler. También sus vacaciones de verano, en Grecia, en Creta, en Italia, muchas veces en Córcega, en Ajaccio, en Propriano... «Nos íbamos en el Citroën y todo el mundo se mareaba excepto Laurent.» Sin olvidar esas temporadas en Bagnères-de-Bigorre, donde el pequeño Emmanuel trabajaba en ocasiones con su abuela, pero también asistía a concursos de pesca con su abuelo materno y jugaba a los bolos. Una vida de familia burguesa de provincias, de lo más clásico; con unos progenitores que trabajan mucho pero que ofrecen un entorno protector y reconfortante. En resumen, una familia bastante tradicional, lejos del universo maravilloso y fantasmagórico perfilado por Emmanuel, en el que solo parecía existir la abuela. Nada que ver con el relato reiterado hasta la saciedad por el candidato a la presidencia, que rinde homenaje, aunque furtivamente, a sus padres en su libro *Revolución*,⁶ si bien no parece que ella lo recuerde. Tras mencionar que estos lo animaban «a trabajar, veían el trabajo como un aprendizaje de la libertad», recuerda: «Esa familia que se preocupaba por mí, para la que nada contaba más, en determinados momentos, que aquel examen o aquella redacción, y que expresaba su inquietud con las palabras de Léo Ferré en una canción que aún hoy me conmueve: “No regreses muy tarde, sobre todo no cojas frío”».

Macron, con su contención natural a la hora de hablar de sí mismo, reconoce incluso que contó, y más que otros, «con la ternura, la confianza y las ganas de hacer las cosas bien». Pero no es ahí donde él pone el acento. «Uno no elige a su fa-

6. Lince Ediciones, Barcelona, 2017.

milia, no elige a sus padres...», cantaba Maxime Le Forestier. Es evidente que él prefirió escoger a su abuela Manette como diosa de su mundo encantado. La reina de su infancia y hasta de su vida adulta.

Eso es lo que su madre no puede aceptar: Françoise no asume que, para Emmanuel, su implicación efectiva y afectiva resulte secundaria. No puede aceptar su subjetividad, su vida soñada, de la que su exmarido y ella están excluidos, casi tachados de la lista. Al igual que el resto de la familia: el hermano y la hermana de Emmanuel, Laurent y Estelle. Se niega a que la gente se imagine de todo y lo que sea: que están enfadados con su hijo mayor, que este casi fue adoptado por su abuela, que renegaron de él tras su historia de amor con Brigitte o incluso que ya no están en este mundo. Sin duda es extraño ese pudor de dimensiones variables, esa contención de Emmanuel Macron a la hora de hablar de su infancia y de sus padres, al tiempo que destaca a su mujer en las portadas de la prensa sensacionalista y continúa erigiendo la estatua de su abuela idealizada.

«¿Que no tiene familia?» Al oír esta exclamación proferida por Françoise Noguès-Macron regresa la reflexión amarga, el grito encolerizado que emitió Bernadette Chirac al descubrir que ni siquiera se había mencionado su existencia en un artículo que detallaba el organigrama del Elíseo. «¡El presidente es viudo!», exclamó en aquel momento, indignada. Le dolió que se la ignorase, que se eliminaran de un manotazo todas las horas transcurridas representando a su marido en Corrèze, en París, en numerosas y variadas manifestaciones, bailes aburridos a morir, interminables asambleas agrícolas...

Lo mismo le ocurre a Françoise Noguès-Macron: lee en los periódicos y en los libros datos referentes a una persona

que no le parece que sea su hijo. O, en todo caso, no aquel al que conoce o creía conocer. Se lo han arrebatado y lo han reemplazado por una criatura virtual sobre papel satinado, que enloquece a la mediasfera y a las redes sociales. Este Emmanuel no es el suyo. A menos que no lo haya llegado a conocer de verdad...

Lo cierto es que su Manu se le escapó. Tiempo atrás, seguramente. Se siente desposeída. Es posible que, en el fondo, nunca lo haya «poseído» de verdad, ni haya sido incluida en realidad; pero se da cuenta de un modo más acentuado ahora, bajo la lupa de los medios de comunicación. Se le escapa, se les escapa, y ella no logra seguirle los pasos siquiera, tan atrapado está él por su nueva vida, alejado hacia otras esferas mientras su familia, en las publicaciones, se ve reducida a un trío formado por él, su abuela y Brigitte.

Hace ya varios años que Emmanuel Macron se buscó otra familia, ya formada: la de su esposa Brigitte con sus hijos y sus nietos. Hace también cierto tiempo que está cada más ausente de las reuniones de su familia natural. Que tanto sus padres como sus hermanos le ven más por el canal televisivo de información BFM que en carne y hueso. Por ejemplo, explica su madre, es padrino de uno de los gemelos de su hermano Laurent, un niño de cabeza rubia y delicada que «se parece a Emmanuel de pequeño de manera asombrosa...», pero al que cada vez ve menos a menudo. Ni siquiera pudo estar con la familia en Navidad. Una vez más, se encontraba en otra parte.

Una queja cualquiera y bastante banal de una madre que ve a su hijo acaparado por otra vida y por otra mujer. La queja de una madre que sufre por la imagen que le transmiten de su hijo. Por el papel o la falta de papel que le otorgan. Que no soporta que la ninguneen. De modo que se alegra de poder contar que «casi se desmaya» cuando, en su cumpleaños, el

8 de diciembre de 2016, su hijo la invitó a almorzar en un restaurante del distrito XV y le trajo su libro dedicado. «Esos momentos de complicidad fueron para mí muy importantes. Las personas presentes en el restaurante, que lo habían reconocido, respetaron dicha intimidad y no lo saludaron y vitorearon hasta el momento en que salimos.»

Evidentemente, Françoise Noguès-Macron se siente orgullosa de la extraordinaria y veloz trayectoria, del increíble recorrido de su hijo; pero ella no pedía tanto. Se muestra desconcertada. A decir verdad, todo esto la supera. Y la asusta. Está perpleja ante este sistema mediático que desconoce, frente a esta bestia implacable, intratable e injusta que nunca se sacia. Tampoco lleva bien que a su hijo lo escudriñen, lo analicen, lo disequen y lo acosen cuando él no lo fomenta. Como suele ocurrir cuando un miembro de una familia pasa a estar de repente bajo los focos, a Françoise le cuesta acostumbrarse. Todas esas portadas de periódicos, esos libros, esas informaciones en internet, esos carteles... ella lo ve como un atropello: «Es como una intrusión en nuestra vida privada». Por no hablar de las llamadas de amigos más o menos benevolentes, siempre dispuestos a contar algún rumor o a sorprenderse de alguna portada de revista, como la de *VSD*, donde se lo veía, cómplice, al lado de Ségolène Royal. Después de ser el hijo espiritual de Rocard, de Henry Hermand y de Hollande, ahora se les ocurre decir que Ségolène es su madre: «Cuando vi eso, pensé: “¡Ya está, ya he vuelto a desaparecer!”».

Siempre alerta, atenta y reactiva, Françoise Noguès-Macron lo lee todo, lo examina todo y se ha instalado una alarma en el móvil para no perderse nada. Está «enganchada», y aunque hay días en que no puede más, nunca consigue desconectar del todo. Cuando oyó los rumores sobre la presunta homosexualidad de su hijo, le dijo a este: «¡Tienes que desmentirlo!». Y él replicó: «No, mamá; contestando solo alimentaría este

rumor infundado y sin interés». ⁷ Es más fuerte que ella, no se acostumbra y siente nostalgia de la época en que lo tenía más para sí; de la época en que iban a la Ópera cuando él estudiaba en la ENA y Brigitte aún no estaba en su vida como ahora. Ahora la época en que, cuando su hijo fue ministro de Economía, Françoise siguió todos los debates en la Asamblea sobre la ley Macron. Día y noche, aprendiéndose los nombres de los diputados presentes en el hemiciclo, enviando SMS a su hijo para prevenirle: «Este es notario», «Este te aprecia»... Una auténtica asistenta parlamentaria, que vivió el 49.3 ⁸ como una puñalada trapera de Manuel Valls: «El 49.3 se me atravesó —explica—. Cuando vi la cara de Emmanuel en los bancos de la Asamblea, pensé que iba a dimitir en el acto. Mostró una fortaleza de carácter que no sospechaba en él».

Como madre, está nerviosa, con la sensibilidad a flor de piel. Casi como una liebre cegada por los faros de un coche, cada vez que su hijo se ve expuesto. «Cuando está en Le Touquet, es horroroso: ni siquiera puede pisar la calle. Todo el mundo lo reconoce.» Pero lo que peor lleva es esa vida virtual, distorsionada e incompleta que cuentan los medios.

«Le han fabricado una vida novelesca», se lamenta. Aunque no niega la relación que Emmanuel tuvo con su abuela («mamá», dice Françoise), se subleva: «Algo le habremos aportado no-

7. Aun así, algo más tarde desmintió tales rumores públicamente y con sentido del humor; lo hizo durante un mitin en el teatro Bobino de París, el 7 de febrero de 2017.

8. El artículo 49.3 de la Constitución francesa permite al consejo de ministros resolver por sí solo la adopción de una ley, sin votación previa en el Parlamento. Manuel Valls se acogió a este artículo en febrero de 2015 para aprobar la reforma laboral, llamada ley Macron. (*N. de la t.*)

sotros. Los valores familiares, el amor al trabajo y el respeto a la libertad. No sé, usted es mujer... ¿tiene hijos? ¿Me entiende?».

No tan en carne viva, sino en otros términos, más atemperados, Jean-Michel Macron, padre de Emmanuel —que continúa viviendo en Amiens, en la casa familiar de Henri-ville—, viene a decir lo mismo cuando espeta: «Le han construido una infancia con imágenes de postal que venden bien. Con una abuela maestra y una bisabuela analfabeta. ¡Muy de la Tercera República! ¡En este esquema, los padres quedan fuera!». Jean-Michel Macron relativiza, analiza y conceptualiza. Parece más plácido y fatalista ante ese hijo de destino singular. Y él, que siempre ha votado a la izquierda, no oculta que las debilidades del presidente saliente han permitido que su hijo se abriera camino. «Con Hollande —afirma—, era notable la falta de un relato. Y el pueblo necesita que le cuenten una historia, cosa que él no supo hacer.» Aunque, de ahí a ningunearles a ellos, hay un trecho. Luego ofrece su versión: «Fuimos unos padres dentro de la media, que se ocupaban de sus hijos. Una vida banal. Nunca lo excluimos». Lo dice con serenidad. Sí, esta interpretación le resulta «desagradable y muy caricaturesca», y si ha aceptado hablar es tan solo porque lo han animado, para que no dé la impresión de que tiene algo que esconder. Igual que su esposa. En aras de la ley no escrita de la transparencia o seudotransparencia que una vida pública exige.

Françoise y Jean-Michel o la otra cara de la moneda. Unos padres que, sin duda, forjaron la personalidad de su hijo Emmanuel. Dos ejemplos, cada cual a su manera, del ascenso republicano emprendido por sus respectivos progenitores.

Françoise Noguès-Macron, hija de profesores, trabajó desde siempre. Es occitana: su familia proviene de Bagnères-de-Bigorre (subprefectura de Altos Pirineos), donde nacieron sus

abuelos maternos y de donde su tío, Roger Noguès, fue teniente de alcalde. Françoise estudió medicina y comenzó —como ya hemos visto— la especialidad de pediatría, pero la dejó cuando, en 1979, nació Laurent, hermano de Emmanuel. «Yo no preparé el examen de médico interno residente, mientras que mi marido lo aprobó con buena nota.»

La medicina era su vocación, el camino que deseó tomar desde que tenía nueve años. Una pasión familiar, ya que su hermano (fallecido) era médico de cabecera; su hermana, oftalmóloga, y dos de sus tres hijos, Laurent y Estelle, nacidos después de Emmanuel, son médicos también.

De modo que, tras el nacimiento de sus dos primeros hijos, Françoise interrumpe sus estudios. Pinta y esculpe, y sus obras invaden un poco la casa. Apremiada por su hermano, aprueba las oposiciones a la sanidad pública; en 1981 entra en esta como médica interina y luego como asesora médica destinada al control de los hospitales. Una labor dentro de la sanidad pública que le resulta interesante, aunque poco tenga que ver con el ejercicio privado de la medicina.

En 1999, ya divorciada y médica jefe, se marcha de Amiens (había solicitado plaza en París, Toulouse o Montpellier) y termina en París. De nuevo ejerce como médica asesora de base, y tiene consulta en la Goutte d'Or («Nada apasionante»). En 2001 es admitida en la Tesorería Nacional del Seguro Médico; escribe artículos científicos sobre la diálisis y más tarde es nombrada jefa de proyecto en el PRADO, el Programa de Acompañamiento en el Regreso al Domicilio tras una Hospitalización. Deja de trabajar de repente cuando la operan del menisco: dieciocho meses con muletas.

La carrera de Jean-Michel Macron, originario de Picardía, es distinta. Su exmujer lo describe como un intelectual puro y

duro que vive en su burbuja, algo introvertido y lector desde siempre. La «sociable» era ella. Él hace gala de un humor distanciado y parece muy seguro de su juicio sobre los demás seres. Aunque es neurólogo, estudió francés, latín, griego y, «más literario que matemático», soñaba con ser arqueólogo. Sueño que no pudo ver cumplido porque sus padres, «procedentes de un entorno modesto», consideraron que ser médico era más razonable y proporcionaba más seguridad. Esta disciplina les parecía, como escribe Emmanuel Macron en su libro *Revolución*, el «camino real» para lograr un ascenso republicano digno de este nombre. En un primer momento, Jean-Michel («brillante», según su exmujer: «el mejor en el examen de internado en Amiens y en Caen y muy bien calificado en Montpellier») quiso especializarse en psiquiatría antes de cambiar de orientación para derivar hacia la neurofisiología. Y trabajar en París, en la «Salpê» (Salpêtrière), especialmente. «Mi pasión por el cerebro se ha mantenido», explica él; hoy en día está especializado en epilepsia y trastornos del sueño y es jefe del servicio de neurobiología.

Está más unido a su hijo Emmanuel gracias a cierta complicidad intelectual: el gusto compartido por la filosofía, la literatura y la historia y una visión épica de la política. «Hablábamos de la Revolución francesa, de Napoleón, de la segunda guerra mundial, de De Gaulle, y cómo decirlo... Emmanuel no era admirador de Clemenceau», sonrío al referirse al héroe de Manuel Valls.

Aunque no se vean ni hablen a menudo —no, en todo caso, como cuando su hijo era secretario general adjunto del Elíseo—, el vínculo está ahí. «En esa época nos gustaba charlar los fines de semana», señala, mientras recuerda que, en dos ocasiones, fue a visitar a su hijo al Elíseo y que conoció a «Monsieur Hollande». Visiblemente interesado en la política aunque desilusionado, cuando menos, también le inquieta la violencia

de este mundo sin fe ni ley, cuyo aspecto cronófago y devorador deplora. «¡Mi gran drama —afirma con humor— es que estoy celoso de la política!» Lo es también verse condenado a ser espectador impotente de ese poder «que, como todos los poderes, aparta de la realidad, que solo puede ser percibida a través de sus filtros distorsionadores». Él es, además, víctima colateral del ascenso fulgurante de Manu. La política le ha robado a su hijo. Ha creado un alienígena, un personaje ficticio, que se entusiasma en el escenario de las grandes convocatorias, de las que él no es muy amante («Se convierte en algo un poco excesivo»). Alguien que aparece en pareja en la portada de *Paris Match*, cosa que tampoco le encanta. Un hijo que no es en absoluto el mismo ni del todo distinto de aquel al que conoce: «Así como estoy bastante de acuerdo con sus ideas, me da cierta alergia todo lo que huele un poco a *show-business*, a su vida mediática».

También él debe de pensar que Manu se le ha escapado; que se ha vuelto una especie de Jean-Claude Romand⁹ de la política, al inventarse una vida distinta a la propia. Una vida extraordinaria en la que realidad y fantasía se entremezclan. Donde asciende peldaños a la velocidad del rayo. Gracias a su inteligencia y a su esfuerzo, cómo no, pero también a su innegable carisma. Y Jean-Michel Macron lo sabe: su hijo conquistaría hasta a una silla. Y su necesidad de convencer no es nueva.

«Siempre ha tenido un carisma fantástico, hasta de joven», comenta al acordarse, entre risas, de un artículo que decía, en esencia: «Si entras en el despacho de Macron, siempre sales convencido». «Es cierto: posee una virtud bastante asom-

9. Jean-Claude Romand es un ciudadano francés que fingió ser médico y trabajar en la OMS, y asesinó a su familia cuando creyó que esta iba a descubrir la verdad. (*N. de la t.*)

brosa; tiene un don para las relaciones humanas, un poder de seducción que funciona.» Por esa misma razón, Jean-Michel Macron no se imaginaba a su hijo decantándose por la política, sino que más bien lo veía ejerciendo actividades intelectuales: como profesor de derecho o economía en la facultad, como escritor...

Pero ¿la política, un mundo tan violento y tan alejado de una existencia familiar tranquila o de una vida intelectual? Recuerda lo que le confió Emmanuel un día, estando en el Elíseo: «En el mundo de las finanzas, la gente es dura pero hay determinadas reglas que se respetan; en política, en cambio, no hay ningún golpe prohibido».

Así que también él se inquieta, a su manera. Aunque, en ocasiones, es como si este padre, que lo quiere y admira sin caer en la ingenuidad, observara con ojo casi clínico a ese hijo que sabe cómo impregnarse de los demás, una «auténtica esponja» que sabe mejor que nadie cómo alimentarse de los otros.

Durante tres años, Jean-Michel estudió griego con Emmanuel —en La Providence (La Pro), el colegio de jesuitas en el que estuvo desde la secundaria, no se enseñaba griego—, como iba a hacer más tarde con su hija. También trabajaron un poco la filosofía. «Discutíamos», recuerda. Él le descubrió a Nietzsche, pero también a Michel Foucault, Lévi-Strauss, Althusser (que nunca falta en su biblioteca)... «Me desvalijaba las estanterías a menudo», se ríe. Leía a autores contemporáneos de la época en que el propio Jean-Michel estaba en la secundaria. «En el 68-69 tuve un profesor que venía de la Escuela Normal Superior de París y nos llevó a un seminario de Lacan en la Normal», recuerda.

Jean-Michel Macron, que continúa ejerciendo, describe a un niño «que tenía todas las cualidades: alegre, amable y muy

trabajador». Un muchacho al que más bien había que empujar a «realizar actividades físicas que a estudiar». Iba a jugar al tenis al club que había justo enfrente de su casa, en Henriville, el barrio burgués de Amiens, o bien al fútbol. Pero, aparte de la natación, el deporte no era algo que le atrajera de forma especial. Emmanuel desarrollaba su espíritu competitivo en otros terrenos, como el conservatorio de música de Amiens, donde su madre lo había apuntado a piano. «Él tenía la excelencia en la cabeza, le había cogido el gusto... Aunque le coge el gusto a muchas cosas», subraya su padre. Su madre, por su parte, se acuerda de que, cuando una profesora le suspendió la prueba de ingreso en el conservatorio, al año siguiente Emmanuel quiso volver a examinarse con ella. ¿Un signo de orgullo? Tal vez, o quizá un rechazo a la posibilidad de no convencer a alguien, una característica que volveremos a encontrar años después, cuando Emmanuel Macron se convierte en ministro, siempre dispuesto a la confrontación directa, al cuerpo a cuerpo de las ideas. Sea como sea, el joven Macron aprobó el examen del conservatorio a la segunda...

Un niño que estaba en su mundo. Especial, pero «lo bastante extravertido como para no ser un solitario», según la peculiar descripción de su padre. Un niño que, en las actividades extraescolares, siempre se las apañaba para estar en primera línea. Al que atraían los adultos, movido por la curiosidad. Un niño que, como recuerda su madre, «a los dos años ya tenía libros en las manos. Ponía un lápiz en medio, como hacemos mi marido y yo». Uno se lo imagina como un mocosito resabiado, ese gran pequeño al que los maestros adoran pero que tiene dificultades con las relaciones humanas, y ella corrige: «En la familia nunca lo consideramos un fuera de serie». No se trataba de un niño prodigio, sino de «un crío normal al que le

gustaba jugar», aunque un chaval algo diferente, cierto, que no tenía compañeros realmente cercanos. «Se llevaba muy bien con todo el mundo, pero yo no le conocí ningún amigo íntimo. Emmanuel se atrincheró mucho», cuenta Françoise Noguès-Macron.

Sea como sea, el muchacho, que asiste a la escuela pública hasta quinto de primaria —una escuela que estaba, prácticamente, al final del jardín de su casa—, llama la atención. Indudablemente precoz, a menudo es el delegado de clase. A los cinco años ya lee. Su madre sospecha que pueda ser hipermnésico, dotado de una memoria fenomenal, pues desde tierna edad se sabe las grandes figuras de la mitología griega. Además, tiene una particularidad que ella misma nos revela: «Siempre le ha encantado hablar en público, hasta de muy pequeño».

¿Un poco empollón, tal vez? ¿Uno de esos favoritos que ponen nerviosos a sus compañeros? En un artículo publicado por *Vanity Fair* en febrero de 2017, su profesor de Historia de La Providence, donde estuvo escolarizado a partir de sexto, recuerda a aquel alumno que se quedaba con él para «debatir seriamente» después de la lección. Así es: Emmanuel siempre estuvo más cerca de sus profesores, pues intelectualmente lo atraían las personas de más edad. «Pero tenía compañeros que lo admiraban mucho... Todos los de la clase lo adoraban», asegura su madre, maravillada.

En sexto, y por consejo de su abuela, antigua directora del colegio, Emmanuel (al igual que, más tarde, sus hermanos) deja la escuela pública para entrar en La Providence, un colegio de jesuitas. *A priori*, no es la cultura que se mama en casa. Los Macron siempre han inculcado a su progenie la importancia del trabajo como vía de emancipación y de realización, pero han proporcionado a sus hijos una educación basada, sobre todo,

en la libertad. «Para mí —confirma Jean-Michel Macron, que se declara agnóstico—, la libertad es, en muchos terrenos, el elemento determinante, y creo más en el poder de convicción que en la prohibición.»¹⁰

Desde luego, la enseñanza más bien severa y cuadrículada que imparten los jesuitas (en realidad solo quedaba uno en La Pro) no es algo que vuelva loco a los padres de Macron —muy permisivos con sus hijos, según Brigitte—, pero la elección responde fundamentalmente a motivos de organización. De modo que Emmanuel, Laurent y Estelle —la hermana pequeña, que también es médico y no estuvo demasiado unida a Emmanuel— prosiguen sus estudios en La Pro.

Laurent, nacido dieciocho meses después de su hermano —«Emmanuel estaba delante», como dice su madre—, debe gestionar más directamente la convivencia con ese hermano tan perfecto. Y, a ojos vistas, la anodina frase «Emmanuel estaba delante» no significa solo que él era el mayor, que contaba con la ventaja de la anterioridad, sino también que estaba adelantado. Motivo suficiente para acomplejar (o bloquear) a los que vienen detrás. Su madre recuerda, por ejemplo, que el hermano pequeño de Emmanuel no habló hasta los dos años. Preocupada, consultó a un pediatra: «¿Tiene algo?» “Sí —me contestó el doctor—: tiene a Emmanuel”».

Emmanuel, tan perfecto. Emmanuel, que llama la atención de los adultos y al que estos llaman la atención. Emmanuel, siempre cercano a sus profesores e interesado en la conversación de los mayores. Y que, además, hacia los cinco años tenía la extraña costumbre de cazar lagartijas y guardar su cola en tarros, cosa que «olía fatal. En la residencia familiar de

10. Entrevista con la autora, 13 de enero de 2017.

Bagnères-de-Bigorre salía a atrapar lagartijas y luciérnagas, y le encantaba observar el mundo de las hormigas», recuerda todavía su madre.

Sea cual sea la personalidad de Emmanuel, Laurent —cardiólogo en la actualidad— no se ve, ni de lejos, abrumado por su hermano, sino que se labra su camino, diferente. Destaca en el tenis, donde llega a estar federado, tiene un grupo de amigos y por casa desfilan sus novias. En resumen, juega en otra liga.

Ello no le impide pelearse con Emmanuel, como hacen todos los hermanos del mundo. Con una particularidad, como explica su madre: cuando eso ocurría, Laurent se defendía físicamente, mientras que Emmanuel replicaba con frases, con justas de oratoria. Como diría Audiard, cuyos diálogos, por lo visto, Emmanuel se sabía de memoria, «es curiosa la manía que tienen los marinos de hacer frases».¹¹ En Emmanuel, es evidente que la manía empezó temprano.

11. Cita de la película de 1963 *Mi tío tira tiros* [*Les Tontons Flingueurs*], cuyo guion es obra de Michel Audiard. (*N. de la t.*)